

La construcción de un nuevo Estado y los desafíos de la comunicación popular

(Construction of a New State and the Challenges of the Popular Communication)

Andrea Ximena Holgado

Docente titular del Seminario Estética y Ficción en Radio.

Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP

aholgado@perio.unlp.edu.ar

Resumen

Muchos de los proyectos sociales que nacieron post 2001 en nuestro país, buscaron hacer un aporte a la superación de la crisis terminal del modelo del Consenso de Washington desde distintos campos (comunicación, economía social, producciones culturales). En general las experiencias que nacen por los bordes o para dar respuesta a determinadas situaciones, cumplen un ciclo. Es decir, ante un cambio de etapa necesariamente hay un cambio en lo que se buscó modificar. Estos proyectos comunicacionales populares surgieron como estrategias de resistencia, en la cual la pelea por una nueva ley de medios fue central. Finalmente la nueva ley es un hecho. Llega a discutir no solo la democratización de la palabra y el derecho a la comunicación, sino al poder económico concentrado, vinculado al monopolio informativo con su inmenso poder de lobby durante décadas. Es decir si centramos la discusión en la nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, desenmarcandola del proceso de cambio político y económico corremos el riesgo de confundir cuál es el debate de fondo y por lo tanto los pasos a seguir.

Palabras clave

Estado - Comunicación Popular - Ley de Servicios Audiovisuales - proyecto - paradigma

Abstract

Many of the social projects that were born post 2001 in our country, sought to make contribution to overcoming the terminal crisis of the Washington Consensus model from different fields (communication, social economy, cultural production). In general the experiences that arise at the edges or respond to certain situations, play a cycle. That is, to a step change is necessarily a change in what is sought to modify. These projects have emerged as popular communication strategies of resistance, in which the fight for a New Media Law was central. Finally, the new law is a fact. Comes to discuss not only the democratization of speech and the right to communicate, but to concentrate economic power, linked to the information monopoly with its immense lobbying power for decades. If we focus the discussion in the New Law on Audiovisual Services, desenmarcandola the process of political change and economic run the risk of confusing what the debate on the merits and therefore the steps.

Key words

State - Popular Communication - Audiovisual Services Act - project - paradigm

Introducción

(...) Pero también hace falta tomar riesgos, porque cuando uno se expone no solo se compromete en el sentido banal del término, es decir en el terreno de las ideas políticas sino que involucra a sí mismo, en toda su persona y sus propiedades, y por consiguiente hay que estar preparado para recibir respuestas o choques. No se trata de leer ponencias, como en la universidad sino de 'exponerse', lo cual es muy distinto: los académicos exponen mucho en los coloquios pero se exponen poco.
Pierre Bourdieu, *Pensamiento y Acción*

Esta breve cita de Pierre Bourdieu nos posiciona en un modo de entender el trabajo académico, es decir no creemos en la autonomía del pensamiento crítico en relación a su contexto político social.

Muchos de los proyectos sociales que nacieron post 2001 en nuestro país, buscaron hacer un aporte a la superación de la crisis terminal del modelo del Consenso de Washington desde distintos campos (comunicación, economía social, producciones culturales). En general las experiencias que nacen por los bordes o para dar respuesta a determinadas situaciones, cumplen un ciclo. Es decir, ante un cambio de etapa necesariamente hay un cambio en lo que se buscó modificar. Los proyectos que no se redefinen con los cambios políticos y sociales corren el riesgo de perder su perspectiva por la cual nacieron. De ahí la importancia de poder ver cuando una propuesta cumplió su ciclo, ya que del mismo modo que la realidad es dinámica y cambia, los proyectos también cumplen etapas y muchas veces querer prolongarlos tiene más que ver con vanidades o necesidades de grupos o personas, que con la necesidad de la realidad. En primera término tendríamos que hacer alguna aproximación al concepto de alternativo y popular, si es realmente posible esto.

El modo de nominar la realidad no es inocente. La lucha de sentido o de significación de las palabras son disputas de poder a partir de las cuales se naturalizan sentidos y se anulan otros. Estos sentidos son producto de esas disputas de poder. Koselleck (1993:111) plantea:

los conceptos ya no sirven solamente para concebir los hechos de tal o cual manera, sino que se proyectan hacia el futuro. Se fueron acuñando progresivamente conceptos de futuro, primero tenían que pre formularse lingüísticamente las posiciones que se querían alcanzar en el futuro, para poder establecerlas o lograrlas. De este modo disminuyó el contenido experiencial de muchos conceptos, aumentando proporcionalmente la pretensión de realización que contenían. Cada vez podían coincidir menos el contenido experiencia y el ámbito de esperanza (...) las palabras que se han mantenido, tomadas en sí mismas, no son un indicio suficiente de que las circunstancias hayan permanecido igual. Así la palabra "ciudadano" sufre una ceguera de significado aun pronunciándose del mismo modo, a no ser que se investigue esa expresión en su cambio conceptual.

Entonces el concepto de alternativo o el término popular se puede, desde la generalidad, completar políticamente de formas muy diferentes, es necesario recrear el concepto mediante determinaciones políticas en el marco de la coyuntura en que se aplica. Koselleck (1993) plantea que la clave está en tres ejes: permanencia, cambio y novedad y

se pregunta ¿hasta dónde se ha conservado el contenido pretendido o supuesto de una misma palabra ¿Cuánto se ha modificado lo que, con el transcurso del tiempo, incluso el sentido de un concepto ha sido víctima de un cambio histórico? (1993:118) “hay que investigar los conflictos políticos y sociales del pasado en el medio de la limitación conceptual de su época y en la auto comprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en el pasado”.

Así podríamos ir pensando una primera línea de trabajo: lo que nace desde la alternatividad, o para dar respuesta a una situación determinada, no necesariamente permanece alternativo en el tiempo. Desde los márgenes o los bordes también pueden emerger proyectos que terminan funcionalizándose a lo que se dice querer alterantivizar. Cuando hay un cambio de etapa política, los proyectos alternativos, populares necesariamente deben redefinirse. Es decir redefinir su perspectiva política. Si tomamos los proyectos y experiencias desde los que se buscó abrir espacios comunicacionales desde lo radiofónico en el marco de una ley que anulaba la diversidad, necesariamente debe redefinirse en el marco de una nueva ley de servicios audiovisuales. Los desafíos sin dudas serán otros.

Sobre el Estado

Las eufemísticamente llamadas reformas estructurales de los años 90 que se implementan en nuestro país y en el resto de Latinoamérica, conforman un tipo de Estado que se inscribe en el modelo neoliberal, inaugurado por lo que se llamó Consenso de Washington (CW). El denominado "Consenso" en realidad, fue un documento adoptado a partir de una reunión realizada en Washington en 1989, para la imposición de reglas de juego en una nueva etapa de concentración del capital. No vamos a detenernos aquí sobre el CW sino simplemente a decir que el eje central era la reformulación estructural de los Estados Latinoamericanos y de sus estructuras económicas, políticas y sociales.

Las reformas estructurales entonces, acabaron con una tradición de política pública a partir de la redefinición de un Estado fuerte hacia los intereses de los sectores dominantes y del gran capital financiero.

Entre otros cambios, los 90 introducen en nuestra sociedad un nuevo modo de construir subjetividad. Es decir un nuevo modo de constituir todo aquello que hace al cotidiano simbólico de una comunidad, que la sustenta, la ordena, naturaliza valores y perspectivas. Este cambio era estratégico para la implementación de las medidas de reforma estructural en la economía y por supuesto en el tipo de Estado que era necesario para esas políticas.

Los medios masivos de comunicación como actores políticos comenzaron a tener un rol de centralidad en la constitución de subjetividad social. Pero con un dato significativo, esto es la concentración monopólica que implicó el monopolio de la palabra. Todo este discurso con el que se implementaron los cambios, fue sostenido y potenciado por las corporaciones de los grandes medios de comunicación que se vieron favorecidas al destrabarse las reglamentaciones que prohibían la conformación de multimedios.

Suele plantearse que los 90 se caracterizaron por tener un “Estado ausente”, sin embargo tuvimos un Estado muy presente y activo en el proceso de intento de reforma estructural. Lo que hubo fue una modificación sobre su rol. El Estado de los 90 expresaba en realidad la correlación de fuerzas dominante en esa coyuntura.

Cambio en la correlación de fuerzas: un nuevo Estado

Lo popular

Un campo de posibilidad se abre en el campo histórico cuando hay un sujeto que pueda protagonizarlo, una fuerza histórica. Cuando ese sujeto ha crecido por la fuerza de los hechos o porque ha sido creado por una voluntad histórica

José Pablo Feinmann, *El Peronismo. Historia de una Obstinación Argentina*

Asistimos, fundamentalmente en los últimos años, a un proceso cultural y social de cambio, a partir de la decisión política de Estado, que la discusión de una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual se concretara en una ley real. Cuyo paso siguiente fue Papel Prensa, lo cual es a mí entender el origen real de la concentración monopólica en la Argentina, o al menos fue el hecho político fundante de un cambio paradigmático sobre el sector prensa en nuestro país.

“Ellos tienen las corporaciones pero las calles son nuestras”, reza una pintada y sintetiza algo que flota en el clima político y social de los últimos tiempos. La recuperación de lo público, lo cual es la recuperación del Estado al servicio del bienestar social colectivo. Asistimos al pasaje de un Estado privado al servicio de los intereses económicos concentrados a un Estado Social. Es decir no hay un Estado en abstracto, sino una expresión de determinada correlación de fuerzas o de una voluntad política de construirla. Es decir quizás la correlación de fuerzas no es del todo favorable para la profundización del proceso de cambio, pero hay un clima social que es interpretado por una voluntad política que construye esa correlación de fuerzas, esto es a lo que hacía mención Feinman (2007). “Ganar las calles” significa protagonizar el cambio a partir de un proceso de construcción de subjetividad donde el poder de los medios masivos es puesto en discusión por las propias prácticas sociales y culturales de los sujetos. Mucho se ha hablado en términos fatalistas sobre la supuesta gran frustración post 2001 donde del fervor asambleísta del “que se vayan todos” no habría quedado nada. Y retomamos a Feinman (2007) “Un campo de posibilidad se abre en el campo histórico cuando hay un sujeto que pueda protagonizarlo, una fuerza histórica. Cuando ese sujeto ha crecido por la fuerza de los hechos o porque ha sido creado por una voluntad histórica”. Ese campo de posibilidad, ese sujeto histórico se abre en los últimos años. Y encuentra su marco de posibilidad a partir de una decisión política que interpreta un clima social. Y acá quisiera tomar dos conceptos, uno el de lo político y otro el de acontecimiento.

La dislocación, la temporalidad o acontecimiento, como momento antagonista nos revela que las cosas podrían ser de otra manera. Es decir que lo que se nos aparecía como definitivo o inmodificable puede cambiar. Según Argumedo (2009:217)

llamamos *acontecimiento* al ocurrir de determinados hechos o procesos que generan una nueva dinámica en el devenir político y social; nuevos lineamientos de desarrollo y contradicciones que dan lugar a un replanteo de las alternativas históricas existentes con anterioridad. La lógica del acontecimiento significa que un hecho detonante reformula el proceso histórico anterior y produce un escenario diferente en el conjunto de una sociedad o en la arena mundial (...) su real significación no se alcanza mediante una mera deducción histórica. Como se ha afirmado, el hombre explica al mono, pero desde el mono no puede deducirse al hombre.

Por su parte Marchant (2009: 185) citando a Laclau sostiene que “En la medida en que un acto de institución ha tenido éxito tiende a ocurrir un olvido de los orígenes; el sistema de alternativas posibles tiende a desaparecer y las huellas de la contingencia original, a desvanecerse. Así, lo instituido tiende a asumir la forma de una mera presencia objetiva. Este es el momento de sedimentación”. Pero es el tiempo, es decir, la historia, la que impide que los sedimentos sociales devengan en firmemente establecidos. Laclau (2005) denomina a este momento de reactivación de los sedimentos espaciales el momento de “lo político”, es decir cuando sucede el acontecimiento.

Entonces, el statu quo que se rompe, en tanto acontecimiento y emerger de lo político, no solo cuestiona el estado de cosas, sino que se encamina a reconfigurar la correlación de fuerzas existente. Pero hay que tener en cuenta que todo orden es político y está basado en alguna forma de exclusión, no hay un orden absoluto de las cosas, siempre están latentes otras posibilidades, que pueden reactivarse. Este nuevo orden es susceptible de ser desafiado por prácticas que van a intentar desarmar el orden existente para instaurar otra forma de hegemonía. El nuevo orden que se está configurando aun está en proceso de conformación, lo cual genera un marco de fragilidad en tanto no se anude en el tiempo con políticas de Estado que no puedan desandarse fácilmente. Y a su vez este proceso de cambio va directamente ligado a la emergencia nuevamente del pueblo con capacidad de decisión, entendiendo el concepto de pueblo como una construcción histórica. Es decir el pueblo como una categoría política y no como un dato de la estructura social. El pueblo como sujeto histórico.

Ligado a esta definición de pueblo hay otra discusión muy fuerte en Latinoamérica que es en torno a sus formas de construir lo político y la representación.

En el libro *La Razón Populista*, Laclau (2005: 211) explica que “una vez que la articulación entre liberalismo y democracia es considerada como meramente contingente, se deducen necesariamente dos conclusiones obvias: otras articulaciones contingentes son también posibles, por lo que existen formas de democracia fuera del marco simbólico liberal”. Entonces plantear que el denominado populismo latinoamericano o tercermundista es, simplemente, un modo de construir lo político reubica la discusión. Y ante las críticas sobre la falta de precisión ideológica, Laclau se pregunta si la “vaguedad” de los discursos populistas, no será consecuencia en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social.

Sobre la Representación

Siguiendo con la perspectiva de Laclau, la representación es un movimiento de permanente diálogo entre las dos partes, que van construyendo nuevas síntesis. Sin embargo, este dialogo puede romperse en alguna de las dos partes, no es estático, es histórico y dinámico. Un tema clave es la naturaleza a ser representada. Cuando hay un bajo grado de integración en el marco estable de una comunidad por distintos factores como deterioro institucional, marginación y haber perdido la categoría de ser sujetos de derechos, como sucedió con amplias franjas de nuestra sociedad durante los 90, como explica Laclau (2005:201) “no estaríamos tratando con una voluntad a ser representada, sino más bien con la constitución de esa voluntad mediante el proceso mismo de representación. La tarea del representante, no obstante, es democrática, ya que sin su intervención no habría una incorporación de esos sectores marginales a la esfera pública: Pero en ese caso, su tarea consistirá no tanto en transmitir una voluntad, sino más bien en proveer un punto de

identificación que constituirá como actores históricos a los sectores que está conduciendo”.

La construcción del pueblo como sujeto histórico, sería imposible sin el funcionamiento de los mecanismos de la representación. “La principal dificultad con las teorías clásicas de la representación política es que la mayoría de ellas concibió la voluntad del pueblo como algo constituido *antes* de la representación” (Laclau, 2005: 206). De ese modo se reduce al pueblo a un pluralismo de intereses y valores, o a un consenso racional donde se elimina la opacidad de los procesos, o las contradicciones.

Entonces, la emergencia de un nuevo modelo de Estado va directamente ligado a la emergencia nuevamente de lo político. Un Estado que interviene y regula, un Estado que expresa el proceso de cambio de la correlación de fuerzas existentes. Y es en este marco que deben entenderse los cambios significativos en las “políticas de Estado” como fueron la Ley de Matrimonio igualitario, los Juicios por la violación a los Derechos Humanos durante la última dictadura militar, la disolución de las AFJP, la Asignación Universal por Hijo, la vuelta a una Aerolínea de Bandera, la política exterior de Integración Latinoamericana, entre otros cambios. Es desde esta perspectiva que deberíamos leer lo popular, entendiéndolo, como planteábamos más adelante, como la emergencia del pueblo, en términos de Laclau.

Los proyectos populares

Entendemos entonces a las prácticas comunicacionales como proyecto político social y popular, considerando –en la misma línea teórica que Laclau (2005)– que la categoría pueblo no designa a un grupo dado sino a un acto de institución que crea un nuevo actor a partir de una pluralidad de elementos heterogéneos.

El diseño de un proyecto político social nace por varios motivos que podríamos arbitrariamente dividir en dos posibilidades: por un lado la sensibilidad ante la realidad social, la intuición que lo que uno cree factible y necesario se condice con esa realidad. La necesidad de generar cambios ante cuestiones que nos abruman desde lo colectivo y un sinnúmero de motivaciones íntimas de quién toma la hoja y comienza a bocetar respuestas posibles. Por otro lado, las evaluaciones de situaciones determinadas, el diseño de estrategias y viabilidad, el haber caminado esas realidades que nos duelen y nos interpelan. De la conjunción de estas vertientes suelen nacer proyectos sociales a veces acertados, otra errados, otras tantas voluntaristas pero inviables, en fin, una serie de voluntades de cambio que buscan un cauce. A su vez los proyectos se van modificando y recreando en confrontación con la realidad, con la puesta en marcha. Es decir son dinámicos y se modifican en los cambios de coyuntura.

La circulación de los relatos

Definíamos que por la lógica de concentración de los medios de comunicación, las organizaciones sociales comunitarias, sociales culturales, las cooperativas de trabajo, las experiencias de participación social tanto formales como no formales, no tenían posibilidad de que su voz circulara y fuera escuchada, ni entre los miembros de su comunidad inmediata, ni ante quienes deberían escuchar en las instancias estatales sus problemáticas.

Había un desfase entre el discurso mediático y los relatos que circulaban en la comunidad en su hacer cotidiano. Esto se manifestaba en que las problemáticas de la cotidianidad de las comunidades estaban ausentes en los grandes medios. Esos pequeños

relatos que circulan sin visibilidad pero que construyen la dinámica en que se desenvuelven las prácticas sociales.

En este marco muchos proyectos comunicacionales buscaban que la comunidad se apropiara de las herramientas de la Comunicación para construir otro relato que no era el que aparecía en los grandes medios de comunicación. Que no era acontecimiento, pero sí parte de la realidad cotidiana de cada barrio de cada ciudad.

Desde esta perspectiva los proyectos de comunicación radiofónica popular o comunitaria, no eran un fin en sí mismos, sino el de ser facilitadores de los procesos comunicacionales en el corazón de la sociedad. Esto es en su comunidad y sus formas de participación y organización. El objetivo era brindar herramientas para la toma de la palabra y la construcción del propio relato de los sectores pobres y marginados de la sociedad. Herramientas que aporten a la construcción colectiva en pos de una vida digna para todos.

La comunicación radiofónica como mediación popular

Entendemos que la experiencia de trabajo radial en proyectos sociales populares apunta a generar un espacio comunicacional de encuentro. Es decir, como una instancia de intercambio de las distintas necesidades de la comunidad. Esto implica generar espacios de participación en torno a dos tipos de problemáticas y necesidades: las detectadas y las que puedan aparecer a partir de los encuentros y la comunicación. De ahí su doble función: por un lado, reforzar las instancias de participación existentes. Y por otro, generar y multiplicar nuevas instancias de participación. Respecto a las nuevas formas de participación, permite a partir de la detección de problemáticas puntuales, construir formas y espacios de gestión para encontrar salidas conjuntas.

Los escenarios de trabajo

Las personas, individual o colectivamente se relacionan con su entorno. El entorno tiene distintos niveles. Como cuando lanzamos una piedra en el agua y se dibujan círculos concéntricos. Entonces hay un entorno inmediato y otro general, que se lo vive como más lejano a medida que los círculos se agrandan. La radio popular, como mediación busca lograr incidencia en el contexto inmediato, es decir en la comunidad de referencia.

La comunidad como escenario, altamente complejo, nos exige aprender a trabajar con la incertidumbre. No todos ven la realidad de la misma forma. Las percepciones del mundo dependen de la posición desde la cual se lo mira. Según donde se ubiquen las personas varían sus puntos de vista sobre el escenario. Desde las diferentes posiciones, ese escenario puede verse desde distintos puntos de vista, con diferentes perspectivas sobre él, con primeros planos diferentes y cuestiones distintas que quedan en el fondo, desdibujadas o invisibles. Las percepciones de ese escenario concreto son distintas.

Desde dónde construimos y simbolizamos

Nacemos y aprendemos una cultura, que implica normas y valores, formas de producir particulares. Nuestra cultura nos entrena y provee de instrumentos conceptuales de un marco cultural para ver ciertas cosas y no otras, para relacionarlas e integrarlas de determinadas maneras. Es en el marco de la cultura propia que cada uno lee, integra e

interpreta lo que percibe.

La cultura condiciona la forma en que los actores sociales perciben e interpretan la realidad. Cada uno ha sido entrenado en el marco de su cultura para ver y valorizar ciertas cosas y ciertas relaciones entre ellas. Mientras que para otras cosas no tiene entrenado su ojo y quizás ni siquiera tiene los nombres necesarios para identificarlas y aprehenderlas. De ello resulta que un mismo escenario puede ser percibido, construido e interpretado de forma distinta por los diferentes actores. Si a esto se incorpora las relaciones de poder, la permeabilidad a pautas construidas, desde la sociedad de consumo, que suelen ser “extrañas” al cotidiano de algunos sectores, el tema se complejiza aun más. En este tema es de gran importancia el proceso por el cual el poder toma prácticas populares y las resignifica para que vuelvan al consumo mediante mecanismos por los cuales se las utiliza para la generalización de construcciones valorativas de clase, disfrazadas de valor instituido y generalizado.

Entonces, hablamos de la comunicación popular como un espacio de encuentro. Toda relación de comunicación, es siempre un “espacio de negociación”. Un espacio donde compiten las visiones del mundo, es un espacio de disputa de poder. Por eso la palabra clave es consenso, avanzar no por imposición, sino por reflexión acerca de cuál es la perspectiva más abarcativa en términos de miradas.

Transformar el estigma en emblema

En general los sectores pobres o excluidos de los bienes simbólicos y materiales de la sociedad, suelen tener dificultades para reconocer su poder. Esto se debe a variados motivos: desde el discurso social que circula según el cual como no tiene dinero ni bienes ni –probablemente– mucha educación formal, no tiene posibilidad de ejercer poder alguno en la sociedad: los poderosos son los *otros*, los ricos, los que tienen propiedades y empresas y, además, altos niveles de educación institucional. Silenciosamente se va interiorizando una visión del mundo resignada en la cual se consideran a sí mismos *menos* que los otros. Existe de hecho en la sociedad un discurso social dominante que logra imponer sobre los pobres toda una cultura de *aguante*, de impotencia –no poder–. Cultura dominante que los responsabiliza de su situación de marginación y exclusión; que naturaliza la pobreza y oculta sus condiciones de gestación.

Por eso la práctica de la “toma de la palabra” es tan importante en este proceso, ya que introduce la posibilidad de confrontar un discurso distinto en el que ya no son objeto sino sujetos activos con *poder*, capaces de modificar u operar sobre su medio.

La comunicación es parte de una estrategia de construcción de poder: el poder del discurso: a medida que puedo nominar lo que me pasa; lo que quiero tengo más posibilidades de operar sobre mi realidad concreta.

Construir el propio relato

La nueva Ley de Servicios Audiovisuales abre un horizonte de posibilidades que es un verdadero desafío para quienes trabajamos en la comunicación popular y en el campo de los proyectos sociales, culturales y educativos. El cambio más importante que producirá en el tiempo es sin duda cultural, a partir de la reapropiación de la palabra desde la diversidad.

Esto desde lo comunicacional implica nuevos modos de decir y nuevos modos de oír. Seguramente este modo de entender la comunicación abre nuevos horizontes estéticos

y discursivos que poco tienen que ver con los manuales con que se forman los profesionales de la comunicación. Tal vez sean fundantes de nuevas maneras de entender la cultura popular y, sobre todo, de respetar a los modos de producción y a los gustos culturales y las estéticas de los sectores históricamente marginados de los medios de producción materiales y simbólicos.

Sin duda la visibilidad de las producciones culturales populares no puede escindirse de su visibilidad política. Esto es de su disputa de poder real en el sentido más acotado, o sea en su lucha por el acceso a los medios de producción, o al menos al reparto más equitativo de los bienes materiales y simbólicos.

La nueva forma de nombrar la realidad será entonces resultante de cambios significativos que se vayan operando en la práctica y la realidad política cotidiana. Construir nuevas formas de interlocución diversas que implicará no solo nuevos discursos, sino también nuevas formas de vivir juntos, en sociedades más tolerantes.

La nueva Ley de servicios de Comunicación Audiovisual

Desde la sanción de la nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, algo ha quedado transparentado, ha quedado en blanco sobre negro. No hay cambio posible, no hay proyecto nacional posible, sin una redistribución de la palabra. Pero también ha quedado claro que no hay democratización de las comunicaciones y una ley de medios distributiva y horizontal sin un proyecto nacional.

Solo el anudamiento de los cambios de modo estructural permitirá que coyunturas adversas en la estructura de poder no lleven a un retroceso de lo logrado. Ese anudamiento además de efectivizarse en el campo de lo material, es fundamental que se concrete en el campo de lo simbólico, esto es la cultura, el imaginario social. Y en este proceso hoy es clave y estratégico el rol de los medio de comunicación.

Hacia un nuevo paradigma comunicacional

En este marco las experiencia de comunicación alternativa, horizontal, popular o como se la quiera denominar, según desde la diversidad de la que se trabaja, han cumplido un rol importantísimo en la etapa de resistencia que implicó la pelea que se dio en todos los terrenos a la implementación del modelo neoliberal de los 90. Desde los periódicos y radios barriales, a las experiencias sociales y culturales que peleaban el sentido de la realidad, en los piquetes, en las organizaciones sociales, se construía otra subjetividad que planteaba que otro país –otro modelo– era posible.

Lo que se denominó “pensamiento posmoderno” ha generado muchos debates. No vamos a generar otro aquí al menos no es la intención; pero sí es necesario hacer una brevísima caracterización de época. Una de las frases más escuchadas es la referida al desencanto de fin de siglo. De alguna manera lo que enmascaraba ese desencanto era la asumición de la derrota. Es decir el sentimiento, no de duda ante la posibilidad de cambio, sino de asumir que el cambio no era posible. O al menos los grandes cambios.

Quizás quien hace una pintura bastante clara de este espíritu de fin de siglo sea el propio Lipovetsky, citado por Feinmann (2007: 62): “tenemos prohibiciones pero no prescripciones sacrificiales, valores pero ya no imperativos heroicos, sentimientos morales pero no ya sentido de la deuda (...) la época de la felicidad narcisista no es la del todo está permitido sino la de una moral sin obligación ni sanción”. De este modo define la era del

pos deber ser no como la erradicación de los intereses personales, sino su moderación. Pero ya no el heroísmo o el desinterés sino lo que denomina “compromisos razonables”.

Esta perspectiva es la que hoy está en discusión, no solo desde los debates políticos y las teorías sino desde las prácticas sociales concretas y la nueva subjetividad que se está constituyendo en torno a lo político como estrategia para el cambio.

Decíamos que muchos proyectos comunicacionales populares surgieron como estrategias de resistencia, en la cual la pelea por una nueva ley de medios fue central. Finalmente la nueva ley es un hecho. Llega a discutir no solo la democratización de la palabra y el derecho a la comunicación, sino al poder económico concentrado, vinculado al monopolio informativo con su inmenso poder de lobby durante décadas. Es decir si centramos la discusión en la nueva ley de servicios audiovisuales, desenmarcandola del proceso de cambio político y económico corremos el riesgo de confundir cual es el debate de fondo y por lo tanto los pasos a seguir.

La pregunta, para la cual no tengo respuesta y creo que nadie la tiene aún, salvo como esbozos de ideas a construir, es cuál es hoy el rol de todas estas experiencias en el marco de una nueva ley de medios y en el marco de un cambio significativo en el rol del Estado, que a partir de una decisión política, expresa en general un cambio en la correlación de fuerzas, sin la cual por ejemplo, la Ley de Matrimonio Igualitario sería impensada, y ese cambio en la correlación de fuerzas no es por un proceso de acumulación lineal sino producto de sedimentaciones históricas que emergen en lo que denominábamos acontecimiento. Algo del orden de lo impensado que emerge y comienza a producir un cambio de etapa. En eso estamos.

Bibliografía

ARGUMEDO, Alcira, *Los Silencios y las Voces en América latina*, Ediciones del Pensamiento nacional, Buenos Aires, 2009.

BOURDIEU, Pierre, *Pensamiento y acción*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2002.

FEINMANN, Jose Pablo, *La Sangre Derramada. Ensayo Sobre la Violencia Política*, Ediciones Booket, Buenos Aires, 2006.

KOSELLECK, Reinhart, *Futuro Pasado. Para una Semántica de los Tiempos Históricos*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1993

LACLAU, Ernesto, *La Razón Populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

MARCHART, Oliver, *El Pensamiento Político Pos fundacional*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.

MARTÍN BARBERO, Jesús, *Procesos de comunicación y matrices de cultura*, G. Gilli. México, 1987.

MOUFFE, Chantal, *En Torno a lo Político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.